

# Solzhenitsyn y la historia: “Agosto, 1914”

GUIDO DONOSO NUÑEZ

Pertenece esta obra, como se sabe, a un vasto ciclo novelesco —centrado en la historia de la revolución soviética— e integrado por varios volúmenes, de los cuales sólo el correspondiente al epígrafe ha sido publicado hasta la fecha. Es, y en forma bien notoria, no sólo la creación más caudalosa del gran disidente ruso, sino también la más ambiciosa —es muy probable que resulte a la postre su obra cumbre, una vez completa— y, al mismo tiempo, la más grávida de ideas, meditaciones, proyecciones y sugerencias.

“Agosto, 1914” es, indiscutiblemente, una de las novelas históricas de mayor jerarquía escritas en esta centuria, siglo, por lo demás, bastante bien dotado de espléndidos frutos en este laborioso género literario. Prueba de ello son las obras de Thomas Mann, Feuchtwanger, Roger Martin du Gard, Arthur Koestler, Marguerite Yourcenar, Thornton Wilder, Gore Vidal, Robert Graves, para citar sólo algunos de los autores más conspicuos en la especialidad.

Su publicación —1971— señala un cambio nítido, una dirección nueva, en la labor creadora de Solzhenitsyn. Hasta el año indicado, su temática había versado sobre argumentos anclados en la vida de la sociedad contemporánea de su país: con “Agosto, 1914”, el escritor ruso aborda por vez primera un tema ambientado fuera de ese marco temporal, un asunto afincado —para sorpresa de sus lectores— en el período zarista, en la era prerrevolucionaria. La forma de expresión utilizada había sido la novela y el

relato breve; ahora —en la obra citada— ensaya, también por vez inicial, una nueva modalidad literaria: la novela histórica.

Género arduo éste. Complejo, delicado, difícil de manejar y estructurar equilibradamente. Proclive a precipitar a sus cultores en la ambigüedad, la exageración, la extratemporalidad; incluso, el absurdo y el ridículo. No obstante, categoría perfectamente aceptable, valiosa, enriquecedora. Su híbrida condición no la empece. Siempre —claro está— que el talento sea cualidad de sus creadores.

“La novela histórica —opina Huizinga, el eminente historiador holandés de nuestro siglo— es un género literario intachable. Saca su materia de la historia, da imágenes de un pasado histórico determinado, pero los ofrece como pura literatura, sin la pretensión de valer como verdad estricta, aun cuando crea el autor que su representación del ambiente histórico es exacta”<sup>1</sup>.

Como puede colegirse, Huizinga enfatiza los valores exclusivamente literarios del género: diferencia en suma, tajantemente, lo histórico-científico de lo histórico-estético.

Es más. Delineando con mayor precisión su idea, añade: “La historia literaria de hoy día, en cambio, pienso en la biografía ornada, como la crearon Emil Ludwig y otros, pretende dar historia, pero lo hace no sólo con un exceso de medios literarios, sino también —y esto es lo importante— con una intención en el fondo literaria. No les importa la parte sobria de la verdad conocible. La suplen con pormenores imaginados, de índole psicológica, con más colorido local del que permite la tradición. Es historia perfumada”<sup>2</sup>.

Justamente, estas demasías, estas irregularidades y anomalías, han llevado a Toynbee a pensar que el género resulta de concreción poco menos que inalcanzable.

“Esta es la razón —manifiesta— por lo que resulta difícil lograr éxito al escribir dramas y novelas “históricas”; dramas y novelas en que el trasfondo social no es el del escritor o el del público para el que está escribiendo. El esfuerzo por resucitar un trasfondo social ajeno, casi siempre produce efectos que parecen ya falsos, ya forzados. La razón de ello es que los hechos sociales, cuando se los presenta como marco para relaciones personales, deben ser dibujados con un toque que sea a la vez liviano y seguro; y este toque es

<sup>1</sup>Huizinga, Johan: *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*. Letras, Santiago de Chile, 1935, pp. 96-97.

<sup>2</sup>Ibíd. p. 97.

difícil de lograr, salvo cuando el artista está retratando hechos sociales de los que tiene conocimiento íntimo de primera mano”<sup>3</sup>.

A mayor abundamiento, obras que podrían parecernos dramas o novelas históricas, Toynbee simplemente las cataloga de historia; así, concretamente, sin ambages, aduciendo que se refieren substancialmente a asuntos de carácter público. Es el caso, a su juicio, de “Los Persas” de Esquilo; “The Dynasts” de Thomas Hardy; “*Jew Süss*” de Lion Feuchtwanger, y “John Brown’s Body” de Benet.

Tales creaciones —puntualiza— “que son por su forma “obra de ficción”, caen bajo la categoría de “Historia”, porque tienen como tema no ya relaciones personales de los seres humanos, sino los asuntos públicos”<sup>4</sup>.

Sin embargo —y rebatiendo el pesimista rechazo de Toynbee respecto a la viabilidad de la novela histórica—, la excelencia incuestionable de las obras escritas por los autores citados —pensamos— desmienten la desfavorable observación del gran filósofo de la historia, y demuestran que las razones por él expuestas para negar su factibilidad son desmedidas.

Es el caso de la narración de Solzhenitsyn, tema de este ensayo. La acuciosidad, seriedad, destreza e inteligencia desplegadas en ella por su autor, la convierten —como decíamos— en un exponente notable de la difícil y exigente categoría literaria que comentamos.

“Agosto, 1914”, además de su carácter de novela histórica, ostenta otras facetas que la diferencian del resto de la producción de Solzhenitsyn, y le dan, marcadamente, una fisonomía novedosa, atractiva, peculiar.

Así ocurre, por ejemplo, con el empleo de la modalidad “simultaneísta”, que hace recordar —en algunos aspectos— “Los Caminos de la Libertad” de Sartre.

Por otro lado, es notorio que el escritor ruso ha tomado del norteamericano John Dos Passos la sugerente técnica del montaje de documentos, la intercalación de anuncios periodísticos —en forma de bloques de avisos— y de capítulos panorámicos, de estructura visiblemente cinematográfica.

Igualmente, recurre a un expediente ya usado por él en otras de sus producciones: es lo que se ha dado en llamar el “carácter polifónico” de sus novelas. Esta expresión debe entenderse en el sentido de que procura sustituir la noción de héroe principal, por un conjunto sin preeminencia de varios —incluso decenas— “héroes”. Cada personaje llega a ser el

<sup>3</sup>Toynbee, Arnold: *Estudio de la Historia*, Emecé, B. Aires, 1951, vol. 1, p. 488 (Anejos).

<sup>4</sup>Ibíd. p. 489.



protagonista central cuando entra en el campo de acción que le corresponde en la trama novelesca.

Otra característica que cabe subrayar, es la excepcional concentración de la acción en lo que a tiempo se refiere. En general —y esto puede apreciarse en sus libros más importantes— el tiempo solzhenitsyano aparece substancialmente condensado: un día para el “Iván Denissovitch”, tres para “El Primer Círculo”, tres en la primera parte de “Pabellón de Cánceros” y uno en la segunda, una decena en “Agosto, 1914”.

A esta comprensión cronológica debemos añadir una acentuada restricción espacial. Hombres y acciones en todos sus escritos —vida, sufrimiento y muerte— operan insertos en pequeños espacios cercanos, limitados, ocluidos. Es en síntesis —recordando el conjunto de su producción— la prisión, el pabellón de enfermos o el bosque de Grunfliess; el recinto bloqueado donde los hombres se debaten, luchan y padecen, al impulso de la injusticia, la opresión, la frustración, la desesperanza, la negligencia deshumanizada.

Ahora bien, ¿es la larga experiencia carcelaria del autor, sus años de cautividad, de “zek”, la que —según ciertas opiniones— puede explicar esta originalidad?

Pienso que se debe, más bien, a una especial característica del genio narrativo de nuestro autor. Solzhenitsyn —considero— es fundamentalmente un creador de relatos cortos: “nouvelles”, cuentos, poemas en prosa. Su maestría aflora transparente en este género breve, de acción simplificada y fluida, concisión que parece facilitar el despliegue de su natural talento, tanto en lo que se refiere a la expresión formal, como al contenido de la narración. “El desconocido de Kretchetovka” es clarísimo ejemplo de lo anotado. Otro —aunque tal vez de menor jerarquía—: “La casa de Matriona”.

Logros tan espléndidos y promisorios podrían haber estimulado a Solzhenitsyn a insistir en el cultivo de este tipo de narración; sin embargo, por lo que podemos constatar, el escritor ha preferido persistir en otra vertiente: la novela extensa, de varios volúmenes incluso, la novela-río.

Conspicuo y diestro compositor de relatos breves, al derivar hacia la novela, Solzhenitsyn evidencia proclividad a condensarlo todo: de ahí la densidad de las unidades narrativas —pequeños capítulos, páginas líricas—, la minuciosidad del detalle, la obsesión por lo objetivo, el acentuado realismo.

Agreguemos otro aspecto que conviene destacar en la consideración de esta materia: la minimización de la intriga en el desarrollo argumental de sus novelas. Solzhenitsyn no es novelista del todo: sus grandes obras son más



propriadamente "relatos", "narraciones", dotadas de una temática más bien modesta, en las cuales lo que importa es el hombre en sus acciones y reacciones, sus emociones, sus pasiones, su psicología en suma, aun cuando el entorno, el paisaje, de ninguna manera está ausente en sus escritos, como lo demuestra en magnífica forma "Agosto, 1914".

Otro rasgo definidor de su técnica narrativa es el concepto de "nudo", que el autor ha utilizado por primera vez justamente en la obra que analizamos, y que, sabemos, seguirá empleando en los restantes volúmenes de este ciclo.

La noción de "nudo" está tomada de las matemáticas; al respecto, recuérdese, que Solzhenitsyn, además de eximio literato, es también profesor en dicha especialidad.

"En la curva de la historia —ha manifestado en una de sus entrevistas—, curva en el sentido matemático del término, hay puntos críticos que se llaman en matemáticas puntos nodales; y aquí, estos puntos nodales, estos nudos, yo los empleo condensándolos mucho; es decir, tomo diez, veinte días de un relato continuo... y presento esos diez o veinte días, de una manera densa, muy detallada; luego, entre los nudos, hay ruptura hasta el próximo nudo"<sup>5</sup>.

Así, los diez días de "Agosto, 1914" ocupan un tomo; seiscientas y tantas páginas en la versión castellana en circulación —Seix Barral 1974— que es la que utilizamos<sup>6</sup>.

Estos "nudos" son, en síntesis, especie de puntos —en sentido espacio-tiempo— donde convergen una infinidad de planos vitales. Ellos le son indicados a su autor, tanto por su propia experiencia de la vida, como por sus indagaciones históricas. Allí, en esos focos o núcleos, la vida, el destino o la existencia de múltiples personas parece condensarse desplegada en un lugar y momento determinado.

"Agosto, 1914", analizado globalmente, sugiere en último término una reflexión más, que es imprescindible agregar a los comentarios ya expuestos.

En una conferencia de prensa concedida en junio de 1974, Solzhenitsyn declaró: "Desde mi adolescencia, me sentí arrastrado a otra misión: escribir la historia de la revolución rusa, tan deformada, manipulada, ocultada".

Estas palabras nos orientan respecto al objetivo que ha tenido presente

<sup>5</sup>Nivat, Georges: *Solzhenitsyne*, Seuil, Paris, 1980, p. 75.

<sup>6</sup>Informaciones publicadas señalan que los restantes volúmenes del ciclo serían: "Octubre 1916", dos volúmenes; "Febrero 1917", tres; "Marzo 1917", uno.

el mayor de los escritores rusos contemporáneos, al emprender la redacción del ciclo novelesco-histórico-épico que, en parte, comentamos. Dicho objetivo no ha sido otro que corregir la versión oficial de la revolución bolchevique; la interpretación de los círculos gubernativos de su país, y, también, la de los dóciles, serviles y obcecados seguidores y admiradores del totalitarismo soviético.

Sabemos que esa explicación no corresponde a la realidad histórica estricta; que la historia ha sido, en este caso, tergiversada, adulterada, falseada medularmente, con deleznales propósitos ideológico-propagandísticos. Pues bien, la tarea ingente que Solzhenitsyn se ha propuesto es develar esa descomunal falacia y reconstruir los hechos verídicos que condujeron al triunfo comunista —desechando interesadas y parciales posturas— fundándose sólo en las fuentes y testimonios auténticos, es decir, en los hechos realmente acontecidos.

Un punto sobre el cual conviene detenerse antes de seguir adelante es esclarecer una interrogante que a veces se plantea, ¿por qué Solzhenitsyn decidió comenzar su ciclo sobre la revolución rusa en el año 1914 y no en otra fecha?

¿Por qué 1914?

El año en referencia marca el ingreso de Rusia en el conflicto mundial. Con ello, la apertura de una sucesión inexorable de descalabros, reveses e infortunios de todo orden, que van a determinar a la postre el desplome del agrietado edificio imperial.

Desastres —sobre todo— en el plano militar. Estos —de magnitud cada vez mayor— provocarán, en último término, un estado de desmoralización general; situación que en las tropas se expresará dramáticamente en el fenómeno de las deserciones masivas y, en la opinión pública, en la maduración de un firme y sostenido anhelo de paz, hábilmente aprovechado por el extremismo bolchevique.

Por otro lado, la guerra conduce al total desprestigio de la monarquía, descrédito engendrado por las renovadas muestras de incompetencia, ineficacia e incapacidad del régimen, en la planificación y concreción de las acciones militares.

Descrédito también —particularmente en los sectores de la “intelligentzia”— por la insistencia vehemente del emperador, en lo que respecta a la conducción de la guerra, de prescindir de la Duma, lo que evidenciaba en él una voluntad de anular el sistema constitucional —de reciente data— y regresar a la plena autocracia.

Es importante, en fin, subrayar otro efecto significativo de la guerra: la disgregación económica y social del país.

La productividad agrícola declina notoriamente. Y esto por una razón muy simple. En efecto, orientada la industria totalmente hacia las necesidades militares, deja de elaborar, o restringe la manufactura de bienes corrientes de consumo. Los campesinos al no encontrar tal oferta en el mercado, faltos de estímulo, producen y venden lo menos posible. Tal es el origen de la crisis de subsistencias y el desabastecimiento, que tan poderosa incidencia tendría en los sucesos de 1917.

Pero hay algo más todavía. La desorganización completa de la industria. ¿Razones? Varias. Citaremos algunas: el aislamiento casi total de Rusia respecto al mercado mundial, con la consiguiente falta de bienes de equipamiento y otros productos esenciales; la concentración del esfuerzo económico en la industria, materializado sin las correspondientes medidas de racionamiento, ni ordenación alguna destinada a aminorar el desabastecimiento interno de artículos de consumo habitual.

Todo este conjunto de factores alimentó una inflación acelerada, la que llegó a ser particularmente severa a comienzos del año 17, con las implicaciones frecuentes en estos casos: miseria creciente, huelgas, escasez, tensión social.

De esta manera, la guerra agrava una serie de problemas latentes en el país, y empuja a la nación a una coyuntura en extremo crítica, de la cual emergerá la violencia y el radicalismo "a outrance" del ominoso y caótico 1917.

La guerra —en suma— es el gran protagonista de la novela; es el "nudo" del relato, el punto de convergencia de todas las situaciones y avatares involucrados en la caudalosa narración.

La minoría progresista del país, aquella que porfiaba entonces en innovar técnicas y métodos para colocar a Rusia al nivel de Occidente, estaba consciente de que la guerra era lo peor que a la nación, en ese momento, podía ocurrirle; justamente por el atraso existente, atraso que, sin embargo, estaba en proceso de ser superado por el tesonero esfuerzo desplegado a partir de las dos décadas finales del xix.

"Ahora, en unos años en que Rusia no conocía otros arados que los de reja de madera —manifiesta uno de los protagonistas de la novela— no era el momento de hacer la guerra; bastaba con decir una misa de difuntos por el alma de aquel Archiduque, y beber una copa a la salud de los tres emperadores"<sup>7</sup>.

<sup>7</sup>Solzhenitsyn, Alexandr: *Agosto, 1914*, Barral Editores, Barcelona, 1972, p. 76.



El conflicto bélico fue en realidad el comienzo del fin para ese gigante con pies de barro: el vasto, y, en apariencia imponente, imperio de los zares.

En el pensamiento de otro personaje del “nudo” que comentamos, “un oscuro abismo se había abierto ante Rusia”<sup>8</sup>, lo que constituía, ciertamente, un correcto vaticinio.

En síntesis —y de acuerdo con todo lo expresado— el hecho de haber elegido este punto de partida, indica evidente perspicacia histórica —dotes de verdadero historiador— en el admirable novelista y cuentista que es Solzhenitsyn.

Hasta aquí este panorama-resumen de los rasgos característicos y propósitos de “Agosto, 1914”.

Veamos, ahora, lo propiamente histórico que la obra nos ofrece. Varios son —en este plano— los aspectos a considerar.

Y, uno de ellos: las reflexiones del autor —insertas en la trama argumental— respecto a la sociedad coetánea a los inicios de la guerra.

Al efecto, sabemos que el período inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial representa para Rusia una etapa de acentuadas y fecundas transformaciones. Importantes núcleos industriales surgen en distintos puntos del país, se expanden los caminos y los ferrocarriles, se renuevan las ciudades, se explotan los abundantes recursos de carbón, hierro y petróleo, se inicia la modernización de la agricultura y la colonización de las llanuras siberianas y las estepas centroasiáticas.

Considerando, precisamente, estos significativos avances, el economista Rostow ha señalado que el impulso inicial, el despegue de la economía rusa, corresponde —a su juicio— a las décadas comprendidas entre 1890 y 1914<sup>9</sup>.

El impulso inicial ruso —escribe Rostow— “fue ayudado por el alza en el precio de los granos y la demanda de exportación de los mismos, que ocurrió a mediados de la década de 1890; el alza hizo atractiva y conveniente la instalación de vastas redes ferroviarias... y fue el ferrocarril, con sus repercusiones múltiples sobre el crecimiento, el que hizo entrar a Rusia en el impulso inicial al estallar la Primera Guerra Mundial”<sup>10</sup>.

Clarificando conceptos erróneos —que a veces se emiten en forma deliberada o por desconocimiento— Rostow agrega: “Los comunistas heredaron una economía que había pasado su impulso inicial... Stalin no fue el

<sup>8</sup>Ibíd. p. 21.

<sup>9</sup>Rostow, W.W.: *Las etapas del crecimiento económico*, F.C.E., México, 1961, p. 52.

<sup>10</sup>Ibíd. p. 84.

arquitecto de la modernización de un país atrasado, sino del complemento de su modernización”<sup>11</sup>.

Gerschenkron —otro distinguido especialista en estas materias— ha enfatizado, por su parte, la importancia del decenio de los años noventa, del siglo pasado, en el proceso de industrialización ruso.

“La tasa media de crecimiento industrial —asevera— alcanzó durante los años noventa el 8%, llegando a superarse esta cifra durante los últimos años de la década. Ninguno de los países importantes de Europa occidental había llegado a obtener una tasa de crecimiento tan elevada”<sup>12</sup>.

Puntualiza, luego, que aunque en la etapa posterior —hasta 1914— dicho porcentaje se redujo al 6%, de todas maneras “éste fue también un período de desarrollo bastante rápido”<sup>13</sup>.

Todos los cambios aludidos fueron acompañados por significativas mutaciones sociales: formación de una alta burguesía empresarial y mercantil; incremento de la clase media de funcionarios, profesionales y comerciantes; constitución de una clase obrera, de origen predominantemente campesino, y sometida a muy penosas condiciones de trabajo; desarrollo de la educación y retroceso del analfabetismo; acentuación de la crisis y escisión generacional.

También en el plano político irrumpen las transformaciones: estructuración de un régimen constitucional parlamentario; difusión acelerada de corrientes de opinión opuestas al sistema imperante.

Ahora bien, Solzhenitsyn, de una manera diestra y natural —sin forzar el desarrollo argumental de su narración— nos va ofreciendo, al correr de sus páginas, el testimonio de esas importantes alteraciones, ya sea en la forma de sugestivas referencias, o a través de la acción y pensamiento de determinados personajes.

Los ejemplos, al respecto, pueden multiplicarse. Veamos algunos.

Un estudiante, protagonista de la novela —Sania, para ser más explícito—, declara: “Yo soy el primero que estudia de toda la familia”<sup>14</sup>, hecho que alude a esa disminución del analfabetismo a que hacíamos referencia.

Un ingeniero —hacia el final de la obra— manifiesta: “Yo he construido en el sur de Rusia doscientos molinos, de vapor y de electricidad”<sup>15</sup>.

<sup>11</sup>Ibíd. p. 84.

<sup>12</sup>Gerschenkron, Alexander: *Rusia: modelos y problemas de desarrollo económico, 1861-1958*; en “El atraso económico en su perspectiva histórica”, Ariel, Barcelona, 1968, p. 135.

<sup>13</sup>Ibíd. p. 139.

<sup>14</sup>Solzhenitsyn, A.: Op. cit. p. 443.

<sup>15</sup>Ibíd. p. 633.

Testimonio éste —ciertamente— del firme despliegue industrial iniciado en las últimas décadas del pasado siglo.

Pero hay referencias, todavía más concretas y amplias sobre los cambios mencionados.

El hacendado Tomchak —dinámico y próspero empresario agrícola— es presentado por el autor como un auténtico “hombre nuevo”, un “self made man”.

“En su infancia —explica él mismo— había sido simple pastor en Táurida, cuidando ovejas y terneros; ellos, la gente de Táurida, acudían al Cáucaso para contratarse como braceros y ganaban entonces mucho menos de lo que ahora se pagaba al último trabajador foráneo... Sólo al cabo de diez años le había dado el amo diez ovejas, una ternera y varios cerdos, y así es como dio comienzo a sus presentes riquezas, conseguidas con grandes esfuerzos”<sup>16</sup>.

Pero, ¿cómo había Tomchak alcanzado tal fortuna? ¿Cuál era la clave de su éxito? La razón era simple: una disposición nueva hacia la actividad económica, un “estilo económico” diferente, hecho de trabajo intenso, ahorro, inversiones, adopción de técnicas y métodos más adecuados y rentables.

“El dinero no lo guardaba —agrega Solzhenitsyn—, siempre procuraba invertirlo en tierras, en ganado o en diversas dependencias... Sus negocios estaban para él en la estepa, en las máquinas, en los rebaños de ovejas... allí era donde debía vigilar, donde tenía que dirigir. Todo el éxito del negocio dependía de la manera cómo las extensiones de la estepa se veían cortadas por las franjas de las acacias, formando rectángulos protegidos de los vientos; de cómo en la rotación de siete hojas se alternaban el trigo, el maíz, el girasol, la alfalfa, la esparceta, proporcionando cada año más abundantes cosechas; de cómo mejoraba la raza de las vacas, adoptando las alemanas que daban tres cubos de leche... y, sobre todo, de cómo esquilaban y empacaban las montañas de lana y de oveja.

... A veces le gustaba presumir: “Yo doy de comer a Rusia”, y también le agradaba oírsele a otros”<sup>17</sup>.

... Había adoptado muchas innovaciones vistas a estos colonos —se refiere a los alemanes— y siempre había salido ganancioso. Estimaba mucho a los tudescos, y la guerra contra Alemania la consideraba una tremenda estupidez”<sup>18</sup>.

<sup>16</sup>Ibíd. p. 54.

<sup>17</sup>Ibíd. p. 79.

<sup>18</sup>Ibíd. p. 75.



Esta última cita es significativa, pues revela un proceso entonces vigente en la economía rusa —fenómeno, por lo demás, característico de todos los países en desarrollo—: la adopción de tecnología extranjera.

Al respecto, Gerschenkron —a quien aludíamos líneas atrás— puntualiza: “Durante el gran brote industrial de los noventa, no fue la tecnología inglesa, sino la alemana —mucho más progresiva que la primera— la que predominaba en las importaciones rusas”<sup>19</sup>.

En suma, el hacendado Tomchak representa —y ésa parece ser la intención del autor— el nuevo sector de los campesinos acomodados e innovadores, empeñados en aquellos años, al igual que otros grupos sociales, en superar el atrasado nivel de la economía, y en renovar las arcaicas e inoperantes instituciones del Estado.

Pero el caso Tomchak no es el único.

Hacia el final de la novela, introduce Solzhenitsyn dos nuevos personajes —los ingenieros Obodovski y Arjángorodski—, los cuales de similar manera expresan, también, ese anhelo de cambios y de progreso a que se ha hecho mención.

Obodovski —arrastrado a una discusión por dos jóvenes de ideas radicales—, entre otros argumentos, deja constancia de que “en muchos lugares hay grupos numerosos y animados. A mi juicio —asevera— la Unión de Ingenieros podría convertirse, sin gran esfuerzo, en una de las fuerzas rectoras de Rusia. Más importante y más provechosa que cualquier partido político”<sup>20</sup>.

Rebatiendo las objeciones de sus impulsivos y obstinados interlocutores, el ingeniero citado pone de relieve el valor, la significación del acto de crear, de construir; estableciendo de pasada una tajante diferenciación entre dos segmentos perfectamente reconocibles de la sociedad rusa del momento: los partidarios de la revolución, decididos a liquidar el orden existente, y el campo de los reformistas pragmáticos, empeñados en la concreción del cambio pacífico, evolutivo, constructivo.

“Ya se perfilaba entonces, en nuestro medio —declara— la escisión entre los revolucionarios y los ingenieros, entre los partidarios de construir y los partidarios de destruir”<sup>21</sup>.

Los primeros enfatizaban la necesidad del desarrollo ordenado, tranquilo, sin contaminación violentista capaz de frenarlo o esterilizarlo. “Con diez

<sup>19</sup>Gerschenkron, Alexander: op. cit. p. 134.

<sup>20</sup>Solzhenitsyn, Alexandr: op. cit. p. 622.

<sup>21</sup>Ibíd. p. 628.

años de evolución pacífica —dice Obodovski— se transformarían por completo nuestra industria y nuestra agricultura. ¡Qué tratado comercial podríamos concluir con Alemania! Algo de maravilla..."<sup>22</sup>.

"Una persona razonable —opina a su vez el ingeniero Arjángorodski, en la citada discusión— no puede propugnar la revolución, porque ésta representa un largo e insensato período destructivo. Todas las revoluciones empiezan por arruinar al país durante largo tiempo, no por renovarlo. Y cuanto más sangrienta, más prolongada y más costosa es una revolución, tanto más cerca está de merecer el título de Grande.

Por supuesto —agrega dirigiéndose a sus agresivos interlocutores— es mucho más fácil y más distraído gritar y hacer la revolución, que transformar Rusia mediante una labor anónima..."<sup>23</sup>.

Su vaticinio sobre el futuro es sombrío: "No penséis que bastará eliminar la monarquía para que todo se vuelva bienaventuranza. ¡Ya veréis lo que viene! No vayáis a creer que la república es un sabroso pastel dispuesto para ser comido. Se reunirán cien abogados presuntuosos y algunos otros charlatanes en un torneo oratorio. De todas maneras —argumenta— el pueblo nunca se gobernará a sí mismo"<sup>24</sup>.

La intolerancia desbocada, los fanatismos, los extremismos, terminarán por anular los intentos de renovación pacífica de Rusia.

"Por esta parte, las Centurias Negras —resume consternado Arjángorodski—; por éste, las Centurias Rojas; y en medio —añadió colocando las manos como la quilla de un barco— diez trabajadores que quieren abrirse paso, pero no pueden, concluyó juntando las manos: ¡Los aplastarán, los destrozarán!"<sup>25</sup>.

A mayor abundamiento, toda esta acalorada, briosa y áspera controversia revela, y de una manera muy nítida, no sólo el pensamiento del autor, sino también esa honda ruptura generacional, tan característica de la agonía del "antiguo régimen" en Rusia.

En efecto, la primera década del siglo fue testigo en aquel país de la gran rebelión de los jóvenes contra los valores sustentados por sus padres. Esto, en realidad, no era nada nuevo en la vida sociointelectual rusa; ya estaba esbozado, y, si se recuerda bien, ya había sido la fuente de inspiración de "Padres e Hijos" de Turguenev. Pero sí es dudoso que hubiera existido

<sup>22</sup>Ibíd. p. 622.

<sup>23</sup>Ibíd. p. 632.

<sup>24</sup>Ibíd. p. 633.

<sup>25</sup>Ibíd. p. 635.

nunca una distancia tan grande entre dos generaciones. El número de radicales, de "révoltés" de todo tipo, hijos de padres acomodados e influyentes, había llegado a ser sorprendentemente considerable.

Una idea muy interesante —relacionada en cierta medida con los conceptos señalados líneas atrás— es la que expresa el ingeniero Obodovski en el capítulo 61 de "Agosto, 1914".

"Todo cuanto hay en Rusia de voluminoso y de rico —asevera—, nuestra esperanza para el porvenir, es el Nordeste. Nada de estrechos para salir al Mediterráneo; eso es una insensatez; lo que importa es el nordeste... toda la Siberia septentrional. ¡Lo que podría hacerse en ella! Tender caminos..., líneas férreas y pistas automovilísticas, calentar y desecar la tundra. ¡Cuánto se podría extraer del subsuelo, plantar, criar, construir! ¡Y la de gente que podría acomodarse allí!... El centro de gravedad de Rusia se desplazará hacia el nordeste. Es una profecía infalible"<sup>26</sup>.

Ahora bien, más allá del interés meramente económico-demográfico, implícito en el párrafo transcrito, apunta allí un sentido más profundo y de más vastas proyecciones, que dice relación —nada menos— que con el futuro de Rusia.

Solzhenitsyn —es él en realidad quien habla por boca del ingeniero Obodovski— está claramente sugiriendo o expresando el deseo de concretar un golpe de timón, de darle un nuevo giro a la evolución del Estado ruso. Propugna asentar el porvenir del país en el desarrollo interno y no externo; fundarlo en el aprovechamiento de las ingentes potencialidades del inmenso territorio de la nación —específicamente del Nordeste— y no en la expansión secularmente sostenida a costa de las naciones fronterizas más débiles.

Estas ideas, delineadas someramente en "Agosto, 1914", reconoce nuestro autor, le fueron inspiradas por las páginas finales del "Diario de un Escritor" de Dostoievski<sup>27</sup>. Con posterioridad ha vuelto sobre el tema —ahora con mayor caudal de conceptos— en su interesante opúsculo "Carta a los dirigentes soviéticos".

"Este cambio del foco de nuestra atención y esfuerzos —expone en este

<sup>26</sup>Ibíd. pp. 623-624.

<sup>27</sup>"Acaso Asia —escribe Dostoievski— nos ofrezca más esperanzas que Europa... En nuestra suerte futura, Asia ha de ser nuestra salvación.

Nuestra misión civilizadora en Asia, seducirá nuestro espíritu y nos llevará allí... En cuanto construyamos dos vías férreas... —una hacia Siberia y la otra hacia el corazón del Asia—, ya os convenceréis... Surgirá así una nueva Rusia, que con el tiempo renovará a la antigua..."

Dostoievski, F: *Diario de un Escritor; Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1964, Tomo III, pp. 1490-93-94.



escrito Solzhenitsyn— deberá tener lugar, por cierto, no sólo en un sentido geográfico; no sólo de los espacios territoriales externos a los internos, sino también de los problemas externos a los internos; debemos ir en todo sentido de afuera hacia adentro”<sup>28</sup>.

“Que el Estado desplace su atención —manifiesta en otro lugar— desde los continentes lejanos —y aun de Europa y el sur de nuestro país— y haga del Nordeste el centro de la actividad nacional, poblándolo y convirtiéndolo en un foco para las aspiraciones de la juventud”<sup>29</sup>.

“Las necesidades de un crecimiento interno —añade— son incomparablemente más importantes para nosotros, como pueblo, que la necesidad de una expansión externa de nuestro poder. El conjunto de la historia del mundo demuestra que los pueblos que crearon imperios sufrieron siempre espiritualmente como resultado de ello. Las metas de un gran imperio y la salud moral del pueblo son incompatibles”<sup>30</sup>.

Esta interpretación solzhenitsyana del destino de Rusia —implícita en las frases anteriores— involucra valores especialmente relevantes.

Postula —como se ha dicho— un cambio en la orientación del Estado ruso, y enuncia un decidido y categórico rechazo del expansionismo tenaz mantenido hasta la fecha.

Ese afán desmedido, exacerbado, de territorios, debía desaparecer puesto que ya había alcanzado proporciones desmesuradas. Iniciado en el siglo xiv —a partir del núcleo originario de Moscovia— el proceso se había mantenido, a lo largo de centurias, con asombrosa persistencia. Había sufrido pausas y detenciones —incluso contracciones transitorias—; no obstante, la línea de larga duración mostraba siempre tendencia constante a la dilatación, la ampliación irrestricta y obstinada, manifestación clara de una “voluntad de dominio” irrefrenable.

Un historiador norteamericano ha sintetizado esta descomunal expansión, en los siguientes términos: “The Russian Empire, as it appeared in 1917, was the products of nearly four centuries of continuous expansion... The process of external growth had been rapid, beginning with the inception of the modern Russian state and developing in close connection with it. It has been estimated that the growth of the Russian Empire between the

<sup>28</sup>Solzhenitsyn, A: *Carta a los líderes soviéticos*, Ed. Nac. Gabriela Mistral, Santiago de Chile, 1975, p. 33.

<sup>29</sup>Ibíd. p. 32.

<sup>30</sup>Ibíd. p. 42.

end of the fifteenth and the end of the nineteenth century proceeded at the rate of 130 square kilometers or fifty square miles a day"<sup>31</sup>.

El fenómeno aludido —como bien sabemos— no ha concluido. Prosigue, sin dar muestras de flaqueza o agotamiento, pese a que todos los estados que una vez marcharon por esa senda ya la han abandonado definitivamente.

El ingeniero Obodovski —en "Agosto, 1914"— al formular su pensamiento, recalcando el valor del Nordeste como "esperanza de Rusia", expone, con toda evidencia, un anhelo compartido por vastos sectores de la opinión pública rusa coetánea —sobre todo luego del descalabro frente al Japón—, en el sentido de poner término a los afanes colonialistas y consagrar las energías del pueblo a aprovechar los enormes y copiosamente dotados espacios ya adquiridos.

No quisiera dejar este tema sin poner de relieve la similitud que existe entre los citados planteamientos de Solzhenitsyn sobre desarrollo interno y no externo —"debemos ir en todo sentido de afuera hacia adentro"—, y los conceptos vertidos por Toynbee respecto a la naturaleza del crecimiento de las civilizaciones.

La concepción de Toynbee, de que el verdadero progreso consiste en un proceso definido como "eterealización", vale decir, una superación de obstáculos materiales destinado a liberar las energías de la sociedad para dar respuestas a incitaciones de carácter más interno que externo, espirituales más que materiales; la idea del historiador inglés de que el crecimiento no puede medirse ni por la expansión política y militar ni el perfeccionamiento de la técnica guarda, ciertamente, una semejanza apreciable —en los lineamientos generales—, con los citados conceptos solzhenitsyanos.

Pero, dejemos aquí estas argumentaciones —que requerirían tal vez mayor caudal de información— y aboquémonos a un aspecto de la obra que comentamos, donde la vinculación del autor con lo propiamente histórico aparece en forma más amplia y transparente.

Me refiero específicamente a los nutridos capítulos dedicados por Solzhenitsyn al relato de la enconada confrontación ruso-germana, en la Prusia Oriental, en los inicios de la Primera Guerra Mundial.

Nuestro autor, como muchos escritores, ha bosquejado retrospectivamente su narración, como un vasto plan destinado a cumplirse en un plazo considerable. Según propia confesión, desde la temprana edad de doce años

<sup>31</sup>Pipes, Richard: *The formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923*, Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1954, p. 1.

—hacia 1930 aproximadamente— concibió la idea de escribir una gran obra histórico-novelística sobre la revolución rusa, ligada al trágico fin de su padre, oficial del ejército ruso, Isaac Solzhenitsyn, hijo de un modesto propietario de la región del Don, muerto en 1918 de una herida de caza mal cuidada. Isaac había combatido en la Prusia Oriental, lugar donde se desarrolla —reiteramos— la acción de la novela.

Su hijo, el capitán Alexander Solzhenitsyn, debía combatir, a su vez, en la misma área —1944—, sitio donde fue detenido por la Seguridad Militar y enviado al “Gulag”.

“Agosto, 1914” ha demandado a su creador una esforzada, paciente y laboriosa tarea de investigación. El mismo ha dejado constancia de las ingentes dificultades encontradas en esta, para él imprescindible, labor.

“Uds., personas occidentales —ha declarado— no se pueden imaginar mi situación. Vivo en mi propia patria, escribo una novela sobre Rusia, pero las fuentes necesarias me es más difícil recogerlas que si escribiera sobre la Polinesia.

... Se me ha privado de acceso a los archivos centrales y provinciales. Necesito recorrer los lugares de los sucesos, interrogar a los viejos, los últimos testigos ya a punto de morir, pero para eso se necesita la aprobación y la ayuda de las autoridades locales, que no tengo forma de conseguir. Y sin ellos, todos se encerrarán en sí mismos; por desconfianza nadie va a contar nada...”<sup>32</sup>.

Impedimentos, sin embargo, que de inteligente manera Solzhenitsyn ha logrado superar.

Documentos y escritos de especialistas militares son las fuentes a las que con mayor asiduidad ha recurrido. Leyó los textos alemanes: obras de conjunto de Hoffman y de Von Wehrt, las “Memorias” de Hindenburg, de Ludendorff y, sobre todo, del general Von Francois, cuyo brillante desempeño en el frente prusiano destaca Solzhenitsyn con especial relieve. Dispuso, igualmente, de numerosas fuentes rusas: el libro del general Golovin, sobre la participación de su país en la guerra y las “Memorias” de varios altos oficiales que tuvieron mando de unidades en la ofensiva contra la Prusia Oriental.

Sobre el particular, una observación. Y de considerable significación. Hay un propósito que se evidencia insistentemente en la obra de Solzhenit-

<sup>32</sup>Entrevista concedida por Solzhenitsyn a los diarios “New York Times” y “Washington Post”; Moscú, 30 de marzo de 1972. En: Solzhenitsyn, A.: “Memorias”, Argos, Barcelona, 1977, pp. 419-420.



syn que comentamos: el empeño por ser veraz, por aferrarse a los testimonios históricos, por ceñirse a ellos con estricta fidelidad. Procede, decididamente, como un "historiador"; tanto desde el punto de vista de la modalidad y características de la investigación, como desde el ángulo de la calidad de las fuentes utilizadas, e incluso —en parte— de la forma de exposición del material obtenido.

Digo esto último por la razón siguiente. En algunas ocasiones, el autor intercala breves capítulos que se destacan del contexto por su letra más pequeña y en los cuales expone el detalle pormenorizado de las acciones bélicas en desarrollo. Tales capítulos —destinados a orientar al lector— son historia, en el lato sentido de la expresión.

Aún más. Los personajes protagónicos de los episodios militares de la novela —mandos superiores de los ejércitos combatientes— son todas individualidades históricas que, efectivamente, actuaron en el escenario prusiano en esos días de agosto de 1914.

Solzhenitsyn, al presentarlos en su novela, ha querido darnos de todos ellos una imagen lo más aproximada posible a la realidad; esto es, ha pretendido que no sean en su relato simples nombres avalados por la historia; por el contrario, ha procurado, con notorio esfuerzo, que todos ellos sean receptivados por los lectores como los seres humanos que realmente fueron en vida.

Una labor de reconstrucción histórica, por lo tanto, verdaderamente notable. Sólo la temática no directamente relacionada con las operaciones de guerra; además las peripecias del coronel Vorotintsev —hasta cierto punto el "héroe", o actor más significativo del relato— constituyen lo propiamente novelesco de esta larga narración.

Analizadas así estas consideraciones previas y vinculadas a los "capítulos militares" de "Agosto, 1914", no está de más recordar —y de una manera muy sucinta— la forma cómo se llevó a cabo el ataque ruso a la Prusia Oriental en la fecha indicada.

La ofensiva —emprendida con fatal precipitación, por la necesidad de aliviar la presión alemana en el frente occidental— fue concretada por dos ejércitos, que comprendían varios cuerpos cada uno: el Primer Ejército, comandado por Rennenkampf, que atacó desde el Este, y el Segundo, dirigido por Samsonov, que lo hizo desde el Sur.

La novela que comentamos, específicamente se refiere a las acciones desarrolladas por estas últimas fuerzas; operativo que —como se sabe— concluyó en un desastre de grandes proporciones.

Las razones de tal catástrofe están descritas y subrayadas en la novela. Para Solzhenitsyn la mayor parte de ellas fueron producto de la incompe-

tencia e irresponsabilidad de la dirección superior del ejército zarista. Esta es, al menos, la impresión que deja la lectura de "Agosto, 1914". Ciertamente que la superioridad tecnológica de la industrializada Alemania era decisiva<sup>33</sup>, por lo cual, incluso con una mejor conducción estratégica y táctica, Rusia, muy probablemente, habría sido igualmente vencida. Sin embargo, una dirección más idónea habría seguramente evitado una derrota tan desastrosa y contundente como la sufrida en aquella oportunidad.

Y ya que estamos en este problema, veamos algunos de los citados errores —responsabilidad del mando— que condujeron a ese deplorable desenlace.

En primer lugar —y aspecto elemental— no hubo en el campo ruso un plan definido de operaciones, lo que resulta, en verdad, sorprendente. En último término —y en vista de la contingencia— se adoptó el del general Zhilinski —supremo responsable de la vasta acción—, el cual, como lo recalca Solzhenitsyn, era francamente rudimentario, incierto y básicamente equivocado.

Así comenzó a gestarse el terrible drama de la derrota. El menguado nivel de la superior jerarquía militar —insiste nuestro autor— explica, en gran medida, los avatares de esa colosal tragedia. También, en ocasiones, la franca cobardía y la deshonestidad. Las tropas marchaban a menudo sin objetivo fijo hasta la extenuación, para luego desandar lo recorrido; los oficiales en el campo carecían de mapas detallados y confiables y de medios de comunicación con sus superiores; los telegramas eran enviados sin cifrar, por lo cual al ser interceptados por los alemanes mantuvieron a éstos perfectamente informados respecto a sus desplazamientos.

Contrasta Solzhenitsyn este desatinado comportamiento con el denuedo y aguante del soldado ruso; y el valor y capacidad de un corto y selecto número de oficiales de carrera, coroneles y capitanes mayormente, que luchando codo a codo junto a sus hombres, cayeron con ellos en cargas a la bayoneta tan heroicas como estériles. "En el ejército ruso del año catorce

<sup>33</sup>Solzhenitsyn relata el asombro de los soldados rusos al penetrar en Prusia Oriental: "¡Los graneros de piedra! ¡Los pozos con el brocal de cemento! ¡El alumbrado eléctrico! ¡La electricidad en las dependencias! ¡Los teléfonos!... En ningún sitio había nada abandonado, vertido o tirado... ¿cómo se las arreglaban los alemanes para hacer las cosas, que en ningún sitio se veían huellas del trabajo?... A partir de la frontera alemana todo era distinto: las sementeras, los caminos, las construcciones. Como si perteneciesen a otro mundo".

Solzhenitsyn, A.: op. cit. p. 148.

—escribe— las retaguardias no se salvaban entregándose. Las retaguardias morían”<sup>34</sup>.

Contrasta, también, nuestro autor, el deplorable mando superior ruso con la impecable conducción militar alemana, cuya eficiencia destaca y elogia. Al general Von Francois, sobre todo —a quien más que a Hindenburg y Ludendorff considera el verdadero gestor de la victoria de Tannenberg— dedica sus más expresivas y elocuentes alabanzas.

En síntesis, todos los desaciertos y omisiones anotados, unido esto a la falta de preparación y equipo de los rusos y a la torpe precipitación de su ofensiva, desembocaron —como se sabe— en la hecatombe de Tannenberg, descalabro que proporciona la pauta de lo que sería irremediabilmente el curso futuro de la guerra para las tropas zaristas.

Hacia el final de la obra, el ya citado Vorotintsev, profetiza: “Semejantes catástrofes se repetirán, y entonces perderemos toda la guerra”<sup>35</sup>; vaticinio que, en definitiva, se cumplió con las funestísimas consecuencias conocidas.

Hay un episodio en ese drama inicial del conflicto al cual Solzhenitsyn dedica especial atención. Me refiero al suicidio del general Samsonov —comandante del Segundo Ejército—, quien tomó tan trágica determinación al constatar el colapso de las fuerzas encomendadas a su dirección. El lugar que tiene Samsonov en la obra que analizamos es considerable; y el empeño del autor por darnos de él una imagen lo más aproximada posible a la realidad y hacernos ver las alternativas de la campaña a través de sus reflexiones, es uno de los grandes aciertos de la novela.

La descripción del hecho aludido —más bien dicho el relato de la angustiosa sucesión de acontecimientos que empujan al general a esa definitiva resolución— constituye uno de los capítulos inolvidables de “Agosto, 1914”. Solzhenitsyn nos conduce diestra y parsimoniosamente a lo largo de ese lastimoso proceso: el desconcierto del jefe militar ante la asombrosa dislocación del dispositivo de batalla, producto del inesperado cercamiento alemán; la humillación anonadante de la pérdida de autoridad; en fin, la creciente laxitud que lo invade y lo induce a dejarse llevar por sus ayudantes, no importa dónde, mientras el cerco se restringe, surge el caos, la dispersión y aniquilamiento de sus hombres y todo se desmorona a su lado con implacable celeridad.

“Lo que resta —escribe un especialista en la obra solzhenitsyana—, el

<sup>34</sup>Ibíd. p. 479.

<sup>35</sup>Ibíd. p. 666.



fin del calvario, la lenta progresión del general en jefe hacia su suicidio cuenta, sin duda, entre las grandes tragedias que se han escrito"<sup>36</sup>. Toda la escena, hasta la última y fervorosa oración —“¡Señor! Si puedes, perdóname y acógeme. Ya lo ves: no he podido de otro modo, y no puedo de otro modo”<sup>37</sup>—, musitada en el fondo de un sombrío bosque de la Prusia Oriental, tiene una profunda, emotiva y sobrecogedora grandeza.

El significado de la derrota de Tannenberg —en opinión de Solzhenitsyn— desborda el plano estrictamente militar. Su idea central, al respecto, es que una mayor preocupación, un mayor sentido de responsabilidad, en última instancia, un más adecuado respeto por la persona humana, habría evitado un fracaso de tales dimensiones y ahorrado muchos miles de vidas, sacrificadas entonces de la manera más absurda e insensata.

La cuestión militar se convierte así en problema ético.

“Pero ése ya no es un asunto militar —exclama airadamente el oficial Vorotintsev en el capítulo final de la novela—. Eso entra en la esfera de la moral. Conducir un pueblo sin preparación al matadero excede ya los límites de la estrategia”<sup>38</sup>.

En esa línea de pensamiento, Solzhenitsyn destaca y enfatiza el insólito telegrama enviado por el Zar al Gran Duque Nicolás, supremo conductor de las operaciones en el frente prusiano oriental: “Te acompaño en tu profundo dolor por la pérdida de los valerosos combatientes rusos. Pero acatemos la voluntad de Dios. El que sufra hasta el fin será salvo”<sup>39</sup>.

En el texto citado, ninguna manifestación de irritación, ningún propósito de definir y deslindar responsabilidades o de indagar razones o circunstancias del apabullante fracaso. “El que sufra hasta el fin será salvo”. Hay un tono de extraña e indecible apatía y fatalismo, y una resignación que desconcierta en este singular y sorprendente comunicado. Miles de hombres muertos y masas ingentes de heridos y mutilados —sin contar el equipo perdido— parecían al “padrecito zar”, un hecho cabalmente previsible, de ninguna manera alarmante, inserto, puede decirse, en el fluir “normal” de los acontecimientos en desarrollo.

Tannenberg —sabemos— fue sólo el comienzo de un largo e inmisericorde calvario. La hecatombe volverá a repetirse; incluso con proporciones mayores; y el derroche masivo de vidas humanas —en su mayoría míseros,

<sup>36</sup>Daix, Pierre: *Ce que je sais de Soljénitsyne*, éd. du Seuil, Paris, 1973, p. 187.

<sup>37</sup>Solzhenitsyn, A.: op. cit. p. 506.

<sup>38</sup>Ibíd. p. 653.

<sup>39</sup>Ibíd. p. 648.

ignorantes y rudos campesinos— persistirá invariable durante todo el conflicto, con las aciagas consecuencias que la historia nos indica. Unidas estas circunstancias a la plena conciencia ciudadana de la incapacidad del gobierno —“en Rusia deben gobernar necesariamente los necios; otra cosa es imposible”<sup>40</sup>, exclama desolado uno de los protagonistas de la novela— consuman el descrédito del zarismo y precipitan el fin del “antiguo régimen”.

Es pertinente puntualizar —a propósito de la acción de Tannenberg, en la forma cómo la presenta Solzhenitsyn— dos hechos que considero importantes: uno de ellos, es que nuestro autor subestima la significación de la superioridad alemana en cuanto a material bélico<sup>41</sup>, para recalcar la incidencia del factor conducción militar, en la forma que ya queda referida.

Creemos, sin embargo, que una visión realmente objetiva del hecho en cuestión no debiera dejar de incluir ese relevante elemento de decisión militar.

El segundo es que errores similares —en lo fundamental— a aquellos en que incurrieron los rusos en los bosques y lagos de la Prusia Oriental, volvieron a repetirse —y ahora en escala gigantesca— en los primeros meses de la guerra ruso-germana de 1941. Las masacres descomunales de ese año —fruto en gran medida de la impericia e irresponsabilidad del alto mando soviético— recuerdan la pesadilla de Tannenberg y de los lagos mazurianos. Ningún lector, al leer el relato de Solzhenitsyn —y éste parece ser el propósito tácito del autor— puede dejar de pensar en la semejanza del penoso acontecimiento descrito con los cercamientos mortíferos y colosales del 41.

Si en esta última oportunidad se hubiera actuado con la debida cautela, inteligencia y eficiencia y, sobre todo, con mayor cuidado por el elemento humano, teniendo presente la experiencia sufrida tan dolorosamente en agosto de 1914 —todo esto parece decirnos Solzhenitsyn desde las profundidades de su texto—, pérdidas formidables de vidas humanas se habrían evitado, y no con arduos esfuerzos.

<sup>40</sup>Ibid. p. 653.

<sup>41</sup>He aquí algunos testimonios: “Los combates del III Ejército (ruso) —afirma un testigo inglés— eran pura carnicería, porque los rusos atacaban sin apoyo de artillería”.

... “Durante más de doce días —refiere el general Denikin a propósito de la retirada de 1915— los alemanes barrieron nuestras líneas, y no pudimos responderles porque ya no teníamos nada... Completamente agotados, nuestros regimientos se batían a la bayoneta...”.

Ferro, Marc: *La Gran Guerra (1914-1918)*, Alianza Ed., Madrid, 1970, pp. 117-122.

En el sentido aludido —y me atrevo a hacer la comparación— su pensamiento parece aproximarse, en cierta medida, al pragmatismo de los grandes historiadores griegos de la antigüedad. Al igual que ellos —Tucídides o Polibio— Solzhenitsyn piensa que en el suceder de la historia se repiten hechos similares —similares al menos en lo esencial y fundamental— bosquejando especie de “leyes históricas”. Operando así el devenir de la historia los hombres —piensa nuestro autor— pueden aprender de estas reiteraciones, sacar conclusiones útiles, esquivando, eludiendo en último término determinados efectos ominosos.

Al sustentar estas ideas Solzhenitsyn reflexiona, no tanto en Tannenberg y el verano de 1941. Tiene, en realidad, en su mente, una aspiración y un objetivo muchísimo más vasto, fecundo y significativo: la salvación de Occidente, el cual —a su juicio—, pese a sus flaquezas y trizaduras, está aún a tiempo de evitar el sombrío destino de su patria.

La historia de Rusia en el presente siglo —y ése es un planteamiento que Solzhenitsyn sugiere en el resto de los volúmenes del ciclo que integra la obra que comentamos— es una advertencia clara a Occidente, un llamado de alerta, un proceso que debemos meditar hondamente, a objeto de extraer de él las enseñanzas pertinentes, y poder así obviar nuestro desplome en el abismo del totalitarismo soviético.

Nuestro autor cree en esa posibilidad —las razones de ello no es del caso mencionarlas aquí—, pero cree también que la historia —“maestra de la vida”— da la clave para superar esa contingencia, en la seria y cuidadosa consideración de la experiencia atroz sufrida por su propio país.

Al margen de estas reflexiones vinculadas al tema histórico, Solzhenitsyn ha desarrollado otras en “Agosto, 1914”, relativas a la misma materia.

Detengámonos en algunas de ellas.

En las páginas iniciales de la citada novela, Sania, un joven estudiante, pregunta al gran Tolstoi: ¿Cuál es el fin de la vida del hombre en la tierra?

“Servir al bien. Y sólo así crear el Reino de Dios en la tierra”<sup>42</sup>; es la respuesta del ilustre escritor a la acuciante inquietud de su fervoroso admirador.

Luego, ante la interrogante del aludido Sania: “¿Cómo servirlo?”; la réplica de Tolstoi es concisa y categórica: “Sólo con amor”; reiterada posteriormente de la misma lacónica manera, frente a la duda y la insistencia del estudiante.

Al respecto, no deja de ser relevante que Solzhenitsyn haya comenzado

<sup>42</sup>Solzhenitsyn, A.: op. cit. p. 25.



su vasta serie histórico-novelesca con la exposición de un asunto como éste<sup>43</sup>, sobre todo si tenemos en cuenta el despliegue de los acontecimientos relatados a continuación: el mal que brota en forma obstinada y abrumadora en el discurrir de las acciones; que se hace presente en la inercia y desidia de los generales rusos, en la negligencia e ineptitud del gobierno —la inmoralidad de “conducir un pueblo al matadero”<sup>44</sup>—, las ideas del alférez revolucionario Lenártovich que, aunque en esbozo todavía, se perfilan, ciertamente, de modo aciago en relación al futuro, los saqueos de las tropas rusas, y otros hechos en la misma proterva dirección.

Todo esto contrasta con frecuentes referencias a actos de contenido ético o religioso: los soldados que de propia iniciativa transportan en angarillas a la patria, a su coronel muerto heroicamente<sup>45</sup>; las acciones de valor de jefes y subordinados —a las cuales ya nos hemos referido—; la religiosidad honda, sencilla y conmovedora, que brota en ocasiones espontáneamente en los abatidos combatientes rusos<sup>46</sup>.

Pese a todo, y al igual que en otras creaciones de Solzhenitsyn, el amor no prevalece en “Agosto, 1914”. Emerge en los hechos ya señalados y, también, en el comportamiento de algunos personajes claves: Sania, Vorotintsev, Samsonov, incluso el Gran Duque Nicolás. Todos ellos ostentan un común denominador: están ligados por el amor a Dios, al prójimo y a su país. Representan en la obra esa cualidad del alma a la que se refiere Tolstoi en el diálogo transcrito, única forma de servir al bien, y único camino para construir el Reino de Dios en la tierra.

Eran ellos, y muchísimos otros como ellos, la esperanza de Rusia para

<sup>43</sup>Una situación análoga a la descrita —también en forma de diálogo— presenta Solzhenitsyn en su novela “Pabellón de Cánceros” (cap. VIII).

Allí, la conversación gira en torno al sentido del cuento de L. Tolstoi “¿Qué es lo que hace vivir a los hombres?”, y, específicamente, respecto a la respuesta implícita del autor a la interrogante del título: “El amor al prójimo”.

<sup>44</sup>Solzhenitsyn, A.: op. cit. p. 653.

<sup>45</sup>Ibíd. cap. I.

<sup>46</sup>Es el caso de la emotiva ceremonia de sepultación del coronel, cuyo cadáver han transportado sus soldados a lo largo de muchos kilómetros: “La gracia de Dios, el Reino celestial y el perdón de los pecados hemos pedido para él y para nosotros, y toda nuestra vida a Nuestro Señor Jesucristo entregamos! Y por encima del sol, por encima del cielo, derechamente al Altísimo, catorce pechos varoniles, con salmodia milenaria... elevaron ya no su plegaria, sino su sacrificio, su renunciación: ¡A ti, Señor!”.

Ibíd. p. 531.

edificar, si no el Reino de los Cielos, al menos una comunidad más digna, más próspera, libre, justa y equitativa.

Bien sabemos que esa meta no se cumplió; que todos aquellos que con ahínco procuraban concretarla fueron aventados por el huracán de la revolución y que nuevas formas de opresión dominaron en la tierra rusa con vigor inusitado.

Al respecto, una observación. Los juicios enunciados nos llevan a otra idea que parece estar presente en la concepción solzhenitsyana de la historia —una idea de talante y prosapia agustiniana—, la idea de que la historia no es otra cosa que una confrontación sin tregua entre bien y mal, entre la “ciudad de Dios” y la “ciudad terrena”, entre la “ciudad” que vive para la gloria del Señor y la que vive según el hombre y el pecado.

En directa relación con lo anotado Solzhenitsyn reitera, en la novela que comentamos, conceptos ya desarrollados por él en otros de sus escritos: me refiero al postulado de la superioridad de la vida espiritual sobre cualquiera otra forma de existencia individual o colectiva.

Vale la pena adentrarnos en estas ideas, tal como ellas aparecen expuestas en “Agosto, 1914”.

En el capítulo LVIII, de dicha obra, introduce nuestro autor un muy sugestivo intercambio de opiniones —los interlocutores son, Andozérskaia, profesora de un instituto de estudios superiores, y algunas de sus alumnas—, relativo al valor y significación de la Edad Media occidental. El planteamiento de las estudiantas es condenatorio para la época en cuestión, a la que califican de “tenebrosa” y, por otro lado, muy laudatorio para el siglo de la Ilustración y la Revolución Francesa.

“La Ilustración occidental —manifiesta la docente— es sólo una rama de la cultura occidental, y acaso no sea la más fructífera. Sale del tronco, no de la raíz.

Lo principal, si me apuran ustedes —agrega— radica en la vida espiritual de la Edad Media. Una vida espiritual tan intensa, que predominaba sobre la existencia material, no se ha dado ni antes ni después”<sup>47</sup>.

Creo innecesario recalcar, que la “vida espiritual”, como rasgo medular y definidor del medievo —a la que se refiere el párrafo anterior— es básicamente fe, devoción, conciencia y experiencia religiosa. Solzhenitsyn es quien habla aquí, en realidad, a través de las palabras de la académica Andozérskaia. Hombre religioso, cristiano de sólidas convicciones —“¡Cuán fácil me resulta vivir contigo, oh Señor, Dios mío! ¡Cuán fácil es

<sup>47</sup>Ibíd. p. 594.

creer en ti!"<sup>48</sup>—, Solzhenitsyn atribuye a la religión un rol fundamental en la estructuración ética y en la humanización de los hombres y de los pueblos. El hombre adquiere su dimensión humana, e histórica también —parece decirnos nuestro autor— merced a la decisiva influencia de este elemento clave que es la religión, posición que, en cierta medida, aproxima su pensamiento al de Vico y Toynbee.

Es por eso que el deterioro y debilitamiento de la fe religiosa —a su juicio— es una gran tragedia de proyecciones inimaginables. Rusia lo demuestra nítidamente.

"Estudiando la historia de Rusia de estos últimos siglos —expresa en uno de sus escritos—, llegamos irremediabilmente a la convicción de que habría tenido un curso incomparablemente más humano y pacífico, si la Iglesia no hubiera renunciado a su independencia, y si el pueblo hubiese podido escuchar su voz, como sucedió, por ejemplo, en Polonia. Nosotros estábamos encaminados a perder, y por fin hemos perdido este clima luminoso de moral cristiana que había modelado, en el arco de mil años, nuestras costumbres, la trama de nuestra vida, nuestros juicios, nuestro folklore, y hasta el nombre mismo de nuestro pueblo: cristianos"<sup>49</sup>.

En esta postura ideológica de Solzhenitsyn, además de su particular concepción de la historia y del hombre, está presente toda una amplia tradición religiosa rusa —de ahí su insistencia en la fe sencilla del pueblo-soldado, o campesino-soldado en "Agosto, 1914"— e, igualmente, el riquísimo precedente de la vigorosa corriente del humanismo cristiano, vivificador de la gran literatura rusa anterior a la suya.

"Para el hombre —afirma un personaje de la novela que comentamos, de nombre Varsonofiev, apodado "el astrólogo"— no hay nada por encima del régimen de su alma, incluso el bienestar a través de las futuras generaciones.

Más que nada —agrega— estamos llamados a perfeccionar el régimen de nuestra alma"<sup>50</sup>.

He aquí, en la voz profética de Solzhenitsyn —es su pensamiento, en realidad, el que expresa el citado Varsonofiev— el firme, consistente y valedero cimiento de nuestro destino como hombre. Hay un solo camino para el futuro, un solo camino plenamente "humano": "perfeccionar el

<sup>48</sup>Oración de Solzhenitsyn. En: Martin, André: *Solzhenitsyn el creyente*, ed. Paulinas, Madrid, 1975, p. 103.

<sup>49</sup>Ibíd. p. 32.

<sup>50</sup>Solzhenitsyn, A.: op. cit. p. 444.



régimen de nuestra alma". Este orden interior tiene un valor muchísimo más significativo y determinante —en su opinión— que el orden social, que a tantos preocupa, angustia o alborota. Y es así, porque el "régimen del alma" es el basamento de este último; las células que lo estructuran, lo organizan y le dan vida y armonía.

De ahí la exaltación solzhenitsyana de la edad medieval —como lo exponíamos anteriormente— y su llamado a instaurar, sin dilaciones, una sólida, enérgica y generalizada "revolución moral".

"Creo —manifestó en una conferencia de prensa efectuada en Zurich en 1975— que la era de las revoluciones físicas debe concluir.

... Trataré de demostrar la distinción entre estos términos diferentes. Podríamos formularlo de este modo: la revolución física significa "matemos a otros y seguramente obtendremos justicia". La revolución moral significa "sacrificate y entonces, quizás, se implantará la justicia". La revolución física significa "matemos a otros, aunque tú también puedas ser muerto". La revolución moral implica lo siguiente: "ponte en una posición en que es posible que te maten, pero no mates a otros".

... La revolución moral no es simplemente una revolución de la moral. Es una revolución en la sociedad; es un cambio revolucionario del sistema social, no sólo por métodos físicos sino, también, por métodos espirituales... Es bastante obvio que las revoluciones físicas nunca han proporcionado solución alguna y nunca han cumplido sus promesas".

Pero Solzhenitsyn no se queda anclado sólo en las consideraciones éticas indicadas. Insensiblemente deriva desde este punto hacia el problema de la ordenación estatal y la reflexión histórica; y esto le da ocasión de emitir algunos sugestivos conceptos.

El aludido Varsonofiev —"el astrólogo"— se encarga de exponer aquí, también, sus ideas sobre la materia.

"¿Quién se atrevería pensar que es capaz de inventar las instituciones ideales?" —pregunta este personaje. Y contesta: "Sólo el que considera que antes de nosotros... no hubo nada importante y que todo lo importante comienza ahora".

El régimen social, prosigue dirigiéndose a dos jóvenes interlocutores: "no puede ser obra de nuestra invención arbitraria. Ni incluso obra científica. No sueñen ustedes con que se pueda idear y echar a perder, aplicando lo ideado, a ese pueblo que tanto se ama"<sup>51</sup>.

<sup>51</sup>Ibíd. pág. 445.

“La historia —añade, precisando y completando su pensamiento— es irracional. Tiene, y puede ser inescrutable para nosotros, su tejido orgánico.

La historia crece como un árbol. Y la razón es para ella como un hacha, con la razón no se la puede cultivar. O, si así lo quieren, la historia es como un río, con sus leyes de curso, sus meandros y torbellinos. Llegan las lumbreras y dicen que es un estanque pútrido y que debe ser trasvasado a otro lugar mejor, eligiendo con buen tino dónde hay que cavar el nuevo cauce. Pero el río, la corriente, no se puede cortar. Basta interrumpirla un palmo para que deje de ser corriente. Y nos proponen que la cortemos sobre un millar de verstras. El empalme de las generaciones, instituciones, tradiciones y costumbres es la continuidad de la corriente”<sup>52</sup>.

En suma, la idea básica de Solzhenitsyn sobre el tema, es el concepto de que los regímenes políticos o sociales no pueden ser elaboraciones intelectuales, destinadas a ser impuestas a determinadas comunidades humanas, por más razonados o “científicos” que ellos sean. No pueden ser esquemas ideológicos, contruidos para ser encajados en el marco de la vida toda de un pueblo. Porque la existencia de las naciones es una madeja de “generaciones, instituciones, tradiciones y costumbres”; un río caudaloso que emerge en un pasado lejano y que no podemos seccionar, porque el hecho de fluir es su condición esencial y razón “sine qua non” de la existencia de esas naciones. No se puede demoler el edificio de la estructura estatal o social y erigir uno nuevo a partir de cero.

En definitiva —a su juicio—, la historia no permite hacer “tabla rasa” del pasado, como si éste —y así discurre el pensamiento utópico— estuviera afectado de obsolescencia total y no tuviera, por lo tanto, vigencia alguna ni razón de ser.

Y, para terminar, una última consideración.

En párrafos transcritos anteriormente, Solzhenitsyn —por boca de uno de los protagonistas de su novela— emite un juicio un tanto desconcertante sobre la historia.

“La historia —asevera— es irracional. Tiene, y puede ser inescrutable para nosotros, un tejido orgánico”.

Desgraciadamente la referencia es muy breve, y sacar conclusiones de un texto tan conciso resulta evidentemente aventurado. Con todo, pensamos que hay un “aire de cosa conocida” en esa afirmación.

¿Está aquí presente en alguna forma la singularísima manera griega de

<sup>52</sup>Ibíd. pp. 445-446.

entender la historia? ¿La de Heródoto, Tucídides o Polibio? ¿El dualismo "hybris" —castigo de los dioses? ¿La Fortuna, ciega, imprevista, caótica, irracional?

La conexión parece tentadora; no obstante, repito, todo intento de extraer precisiones en estas circunstancias es ciertamente prematuro.

Y de esta forma arribamos al final de estos comentarios sobre el tema histórico en "Agosto, 1914".

Como puede constatarse, es posible inferir de su lectura algunas interesantes reflexiones acerca de la posición de Solzhenitsyn frente a dicha materia. Dimensiones, proyecciones y contenido histórico tienen —como hemos visto— sus referencias a las condiciones económicas y sociales de Rusia en vísperas de la revolución; de igual manera, sus acotaciones y juicios respecto a las acciones militares de los ejércitos zaristas en Prusia Oriental, en los inicios de la Primera Guerra Mundial. Todos esos atinados enfoques, meditaciones, situaciones y sugerencias denotan un trabajo propio de historiador, digno de ser destacado por lo que significa en cuanto a labor de investigación minuciosa y bien orientada.

A ello se agrega una prosa de alta calidad, perfiles psicológicos memorables por su realismo y emotividad —el de Samsonov, por ejemplo— y un interés argumental que se mantiene sin flaquezas a lo largo de toda la narración.

Por todas estas cualidades, "Agosto, 1914" —incuestionablemente una de las cumbres de la producción solzhenitsyana— es no sólo la lectura grata e instructiva, no sólo exalta y confirma la alta maestría novelística de su autor, sino que constituye, también —por qué no decirlo— una fuente valiosa y cautivante para el estudio de los antecedentes y motivaciones inmediatos de la revolución que cambió de una forma tan decisiva y dramática el destino de Rusia.

Solzhenitsyn, patriota insobornable, pensador de rara penetración, humanista acendrado, narrador eximio y esclavófilo por añadidura —eslavófilo en el sentido decimonónico—, estaba preparado mejor que nadie para exponer e interpretar esa desdichada etiología y esos trágicos prolegómenos de una manera ágil, diestra y certera.

De ello esta novela histórica es la más elocuente demostración.